

LA REBELION SERVIDORA

El Gran Señor de la Horda aullaba de furia y rabia, dio una patada a una de las sillas del fondo de la sala de audiencias y regresó a grandes zancadas hasta su trono de hierro. Frente a él continuaba sentado en una postura insolente el soberbio embajador del Imperio Servidor, con los pies sobre la mesa de mapas y dos de sus manos frotando su asquerosa barriga de grasa y sebo, sonreía con la boca abierta en una mueca de burla y desprecio. En la mesa junto a los mapas de Vor-Lindporând se encontraba el pergamino llegado desde Gargacia, la capital Imperial Servidora, donde se detallaban los términos del ultimatum que el Emperador en su locura se atrevía a trasladar a la Horda. Unos términos que en otros momentos hubieran significado la muerte inmediata del mensajero, pero que bajo la coyuntura actual precisaban de un análisis más detallado.

–Dime Fuzkazam, ¿tú que opinas de este ultimátum? –Tor-Wuaki siempre comenzaba la ronda de consultas por el Mago–

–Sabes cual es mi opinión en estos casos. No acepto órdenes de razas supeditadas a la Horda. Rompe el pergamino y ejecuta al Embajador.

Tor-Wuaki asintió y desvió la mirada hacia Gruntz.

–Debes tener en cuenta Gran Amo, que parte de lo que dicen es cierto. Han atrapado un espía de la Horda en sus ciudades y eso es un hecho grave, estas cosas minan la confianza de los amigos. Accediendo a sus peticiones tal vez recuperemos su fidelidad.

–El asunto del espía está aclarado y zanjado –Zakal tomó la palabra en calidad de Jefe del Espionaje de la Horda–. El espía aunque orco estaba a sueldo de una tercera nación, así que no es responsabilidad nuestra ninguna de sus acciones en suelo Servidor. Además si es tan estúpido como para dejarse atrapar merece ser ejecutado por el Imperio.

Se elevó un murmullo de aprobación entre los asistentes al cónclave, el embajador Servidor se removió en su asiento divertido y seguía comiendo uvas de la fuente que había depositado sobre su enorme barriga.

–Ellos incumplieron sus acuerdos desde el principio –Ahora hablaba Ologûl el constructor– Se pactó que la ciudad que le construí hace dos ciclos sería pagada y hasta ahora se ha negado a satisfacer la deuda. Yo estoy con el Mago.

Nuevos murmullos entre los que se alzaban voces a favor y voces en contra se oyeron por toda la sala de guerra. El embajador Servidor levantó la mano con la que hasta ahora se había dedicado a rascarse la poco abultada entrepierna y acalló el vocerío.

–El tiempo se agota mi señor, debo comunicar la decisión a Gargacia antes del anochecer, y espero por vuestro bien que accedáis a lo pedido.

Los ojos de Tor-Wuaki centellearon como soles, su mandíbula se apretó de tal forma que se clavó los colmillos en los labios y comenzó a sangrar, apretó los puños sobre el respaldo del trono de hierro de tal forma que toda la estructura comenzó a crujir. Por fin pareció tomar una decisión, levantó la mano y señaló a Gradgûl quien se acercó con papel y pluma.

–Escribe: *“Al Imperio Servidor. Mi querido Emperador le ofrezco mis respetos y mis disculpas por los últimos acontecimientos que han producido un cierto distanciamiento entre nuestras naciones. Como muestra de mi pesar me comprometo a enviar dinero y manufacturas a Gargacia como satisfacción por el mal causado, además le eximo del pago de cantidad alguna por la construcción de la ciudad de “Averloquedurasenpie”.* Gradgûl, sella el escrito y entregaselo al Embajador para que lo selle como testigo.

El Embajador ni siquiera se incorporó, extrajo de uno de sus bolsillos el lacre y lo calentó sobre una vela cercana. Cuando se hubo derretido dejó caer una gota junto a su firma y le aplicó el sello, agitó al aire el escrito para secar el lacrado y le devolvió el documento al aprendiz.

–Envía el buitre mensajero más rápido hacia Gargacia, que el Emperador Servidor sepa de estas noticias lo antes posible. –Rugió el Gran Señor de la Horda–

Tor-Wuaki no esperó siquiera a que el aprendiz saliera de la sala en dirección a las jaulas de la torre. Se levantó del trono de hierro con firme decisión. –Espero que todo haya salido a su entera satisfacción– le dijo al Embajador Servidor que continuaba comiendo uvas sobre su barriga. Se dirigió lentamente hasta él, extrajo con cuidado su espada mágica –Mi querido embajador, nunca he soportado que alguien que no sea Orco suba las patas sobre mi mesa de mapas, es algo que me irrita mucho–. Y descargó el arma de tal forma que cortó a cercén el pié izquierdo del sorprendido Embajador que aulló de dolor como si fuera un elfo sodomita.

–Fuzkazam, cauteriza la herida. No quiero que muera desangrado antes de que le saque las tripas por el culo y lo estrangule. Y dando un golpe sobre la mesa de mapas convocó a sus comandantes.

Durante toda la noche permanecieron discutiendo alrededor de la mesa de mapas en la Sala de Guerra los comandantes de la Horda convocados por el Gran Señor. Todos embutidos en sus armaduras de batalla, las armas engrasadas y listas. Los mensajeros entraban y salían con despachos y órdenes, la jaula de los buitres se vaciaba rápidamente mientras las órdenes escritas eran transmitidas a todos los rincones del inmenso territorio de la Horda: Guarniciones fronterizas, Hordas vasallas, Torres de Magia, ciudades e incluso a lejanos países aliados. Poco a poco la inmensa maquinaria de guerra orca comenzaba a moverse.

Al amanecer todos los comandantes se encontraban en marcha junto con sus tropas. Tor-Wuaki y su lugarteniente Gruntz cabalgaban con sus lobos de guerra al frente de la Horda. Echaron un último vistazo a la fortaleza de Barad-Morkai mientras la guarnición bajaba la reja y levantaba el puente levadizo. Desde las murallas sonó el cuerno de alerta en señal de saludo, la Horda contestó golpeando sus armas contra los escudos.

El Gran Orco se alzó sobre su montura –Hoy comienza el Día de la Ira, ¡¡Orcos!!, la victoria y la gloria nos esperan–

Un millar de voces se alzaron sobre la llanura:

–SANGRE Y GROG, SANGRE Y GROG.

La Skûthrugraî se movió al norte, rápida y despiadada. Tanto tiempo alejada de los campos de batalla y dedicados a la vigilancia de fronteras no había apaciguado la fiebre que sentían al entrar en batalla. Fueron los primeros en entrar en batalla, irrumpieron en los campos Servidores repartiendo sablazos y mandobles entre los confundidos campesinos y se abrieron camino hasta la ciudad de Esperanza cuya guarnición alertada por los primeros refugiados que se ocultaron cobardemente tras sus murallas cerraron las puertas y se aprestaron a la inútil defensa. Pero antes incluso de que pudieran haber cargado sus balistas Ozkoumat “el cojo” ya se había presentado a sus puertas y desplegaba las armas de asedio mientras los soldados afilaban sus armas preparados para el deguello que se avecinaba.

Mugrath se presentó en Gargacia a lomos de su Ave de Trueno, planeó sobre la ciudad y descendió sobre las murallas donde parte de la guarnición le esperaba al mando del exarca de la ciudad.

—Apresúrate Orco, —le espetó mientras se llevaba un pañuelo perfumado a la nariz—, tu amo prometió traernos el dinero y las manufacturas prometidas por nuestro silencio. Muestrame el oro.

Lanzando una carcajada estremecedora que heló la sangre de los Servidores, Muggrath sacó su kukri y le rajó la garganta al exarca.

—Oro para los señores, plata para los magos, cobre para los siervos, hierro para los esclavos y acero para los traidores. La Horda siempre paga sus deudas.

Y antes de que pudieran reaccionar masacró a toda la guardia presente, corrió al acuartelamiento bajo la muralla y eliminó al resto de la guarnición mientras su Ave de Fuego destrozaba las balistas dispuestas sobre la muralla. Se paseó por las calles de Gargacia matando a todo lo que se cruzaba en su camino, subió las escalinatas del palacio imperial y se encaminó al salón del trono. Allí se encontraban los eunucos que movían el aparato burocrático del Imperio Servidor, se sentó en el trono de topacio y colocó el kukri ensangretando sobre su falda.

—En nombre de Tor-Wuaki, Señor y Dios de los Orcos, Gargacia queda bajo jurisdicción de la Horda desde estos momentos, se acatarán mis órdenes bajo pena de muerte. Las leyes Servidoras quedan derogadas y a partir de ahora se aplicarán las leyes de la Horda.

Los eunucos allí reunidos se quedaron perplejos por unos instantes, pero años de servicio habían perfeccionado sus engranajes de sumisión. Todos a una se inclinaron sobre el suelo y reverenciaron al nuevo gobernador Orco.

Gradgûl se reunió con sus hombres en Smagothrûz, sobre ellos revoloteaban las arpías excitadas ante la promesa de sangre fresca. Junto a él se destacaba una figura de porte guerrero, con un aura ancestral que le envolvía en un halo de respeto y temor. Gracias a las dotes especiales del extraño guerrero el trayecto entre la ciudad y la Torre del Oeste se tornó corto y rápido y al atardecer se presentaron bajo las murallas de la fortaleza.

En las murallas se observaban los rostros de estupefacción de los ocupantes de la fortaleza, bandoleros humanos que aprovechando la ineptitud de los Servidores se habían apoderado de la abandonada fortaleza. Tal vez estos bandidos hubieran podido hacer frente a una fuerza militar servidora, pero se mostraban impotentes ante el poder demostrado por los Orcos.

A una señal del mago una arpía se elevó sobre las murallas lejos del alcance de los arqueros y dejó caer un pergamino. Los defensores convocaron una reunión y estudiaron el texto, discutieron durante bastante tiempo sin ponerse de acuerdo sobre la decisión a tomar. Pero a última hora de la tarde y a la vista de las inmensas máquinas de asedio que los Orcos habían desplegado decidieron capitular. Las puertas fueron abiertas y la fortaleza fue tomada por la Horda.

Daôn avanzaba tranquilamente por las praderas centrales de Vor-Lindporând, su arma colgada al cinto y el arco a la espalda. Sin embargo no podía evitar examinar detalladamente todo lo que se encontraba en su camino. Deformación de su oficio de explorador. Todavía tenía algunas cicatrices que le recordaban su encuentro con unos pegasos pero gracias a sus habilidades guerreras había conseguido ponerlos en fuga aunque no había podido evitar sufrir varias heridas. A última hora de la tarde vislumbró en el horizonte su objetivo: la ciudad de Averloqueduras, una construcción de manufactura Orca hecha por encargo del Imperio Servidor y que constituía una de las causas que a la larga habían ocasionado el conflicto que había obligado a la Horda a actuar con firmeza y sin vacilación ante los Servidores. El pago de los costes por la construcción de la ciudad no habían sido abonados con excusas peregrinas, dilaciones y falsas promesas.

La ciudad se elevaba majestuosa en medio de la planicie, su reciente construcción hacía pensar que no tendría defensas de importancia y si tuviese guarnición podría ser reducida rápidamente por Daôn. Se aproximó cautelosamente a la ciudad amparado en las sombras del atardecer, entró en los arrabales sin despertar sospechas, solo las miradas cansadas de los labradores le dedicaban alguna despreocupada atención. Y así llegó hasta el centro de la ciudad, sin encontrar ninguna resistencia ni defensa. Allí reclamó la presencia del exarca que se presentó en pijama pidiendo explicaciones del alboroto que ocasionaba un orco insolente.

Un golpe del martillo de guerra de Daôn le encajó la cabeza sobre los hombros al exarca mientras el escaso seso de su cabeza salpicó a algunos de sus asistentes.

—Declinad toda resistencia, esta ciudad queda bajo jurisdicción de la Horda. Todo aquel que desobedezca o haga caso omiso será ejecutado inmediatamente.

Varios asistentes del difunto exarca echaron mano a sus armas, pero antes de que las espadas silbaran en el aire el martillo de Daôn fue descabezando a cualquiera que hiciera además de resistirse. Pronto las armas fueron arrojadas al suelo y los supervivientes se postraron ante el explorador Orco.

—¿Ha quedado claro?. Ahora traedme una buena garrafa de grog que estoy sediento. Y si no hay grog, ¡fabricadlo!. La primera medida que adoptaré como gobernador será cambiarle el nombre a este pueblucho por uno digno de la Horda.

Los pueblerinos que habían presenciado los hechos continuaron con sus labores como si no hubiera pasado nada extraordinario, sin embargo los servidores del nuevo exarca se perdieron en las sombras registrando burdeles, casuchas y almacenes abandonados en busca de una garrafa de grog que complaciera a su nuevo señor. Al amanecer muchos prefirieron el suicidio antes que informar a Daôn que en todo el pueblo había una sola botella de grog y nadie sabía como fabricarlo.

En la torre de magia de Cartoon, Servâst el aprendiz Orco, sostenía en una mano el pergamino que acababa de llegar con instrucciones de su Amo. En la otra mano estrujaba una daga envenenada. Había tirado al suelo la escoba con la que empleaba el tiempo libre despues de sus clases de magia y aguardaba el momento oportuno para hacer su trabajo. Al otro lado de la puerta oyó los pasos del prior de la Torre que ejercía el mando en ausencia del Mago a quien no había visto nunca desde su llegada al Imperio Servidor.

La puerta de la sala se abrió estrepitosamente y la sombra que se abatió sobre el umbral permaneció amenazadora, levantó uno de sus tres brazos y señaló al atemorizado aprendiz orco.

—¿Has acabado de barrer y pulir el suelo de la sala de audiencias, basura verde? —El recién llegado parecía masticar las palabras—

—Aún no mi señor —el orco apretó las mandíbulas en un estertor de odio mientras deslizaba su arma tras la espalda—

—¿Y se puede saber porqué la escoba está tirada en el suelo? —dijo el prior mientras entraba en la habitación—

—Es que estaba descansando un poco mi señor.

—Sabes que la holgazanería se castiga con veinte azotes —respondió mientras desenrollaba un látigo de colas de garfio—, has sido un orco malo, muy malo.

Al Servidor ni siquiera le dió tiempo a levantar el brazo para lanzar el látigo, el orco fue rápido. De un salto el aprendiz salvó los escasos metros que le separaban del prior y le clavó la daga envenenada en la garganta. El mago Servidor murió ahogado en su propia sangre emitiendo siseos agónicos.

—Desde hoy soy el nuevo Amo de la Torre, y mi primer edicto es el siguiente: Queda prohibida cualquier manifestación de limpieza.

A media tarde Tor-Wuaki vislumbró a lo lejos las murallas de Tentempié. Ordenó un alto a las tropas que tras destacar guardias se dispersaron por la pradera buscando un lugar donde descansar.

—Nuevamente regresamos a Tentempié en son de guerra. Espero que las hembras no me hayan olvidado.

—Llegan los exploradores mi Señor —dijo Gruntz observando una nube de polvo que se elevaba desde el este—.

—Es momento de recabar información y preparar el siguiente movimiento. Haz que venga el Mago y convoca a los comandantes. Esperaré aquí a los exploradores, necesito conocer sus noticias inmediatamente.

Al poco regresó Gruntz acompañado por Sûlwine, por el capitán de la Guardia Verde y por un aprendiz de mago que cargaba con un legajo de pergaminos bajo el brazo. Tor-Wuaki oía atentamente el informe de Nyhârgo el Kritar de los exploradores.

—Hemos comprobado que la guarnición de la Torre del Sur ha partido a toda prisa hacia Tentempié, a estas horas debe encontrarse dentro de los muros de la ciudad. Emboscamos a un grupo de mensajeros que corrían hacia el sur —abrió las alforjas que colgaban de su lobo de guerra y varias cabezas de Servidores cayeron sobre la verde hierba—, pero con toda seguridad alguno debe haber conseguido pasar a lo largo de la mañana. Durante todo el día han ido llegando refugiados huídos de Gargacia, creemos que el propio Emperador ha conseguido llegar hasta Tentempié, pero no parece que haya llegado nadie desde Esperanza o Averloquedurasenpie.

—¿Con qué efectivos cuenta la guarnición de Tentempié?.

—Un grupo de balistas y unas cuatro unidades entre infantes y arqueros.

—Dale un descanso a tus hombres y ponte en vanguardia en cuanto emprendamos la marcha. Mago lee los mensajes.

El aprendiz se adelantó y comenzó a rebuscar entre el legajo, fue extrayendo pergaminos y leyó:

—*“La Torre del Oeste ha capitulado tras una ardua negociación, hemos tomado posesión de la fortaleza sin ninguna baja”, “Gargacia es nuestra Gran Orco”, “La Guarnición de Esperanza se ha hecho fuerte en la ciudad, hemos preparado un asedio y esperamos tener sometida la ciudad antes del anochecer”, “Cartoon está bajo control orco”, “Tras un terrible combate la ciudad Averloquedurasenpie ha sido sometida”.* El comunicado de Daôn lo he resumido porque cuenta con pelos y señales su combate con más de veinte unidades de milicia en Averloquedurasenpie.

—Este Daôn siempre tan imaginativo, en cambio es un gran guerrero. Envía un buitre mensajero a Ozkoumat y dile que quiero la ciudad en nuestro poder lo antes posible. Sûlwine, quiero que los Olog-Khûsh se adelanten y tomen la llanura alrededor de Tentempié, de esta forma completaremos el cerco y el norte será totalmente nuestro.

—Como ordenes Gran Orco —El enorme Ogro se retiró agitando su garrote sobre su cabeza lanzando maldiciones—

—Gruntz, convoca a la Horda, tenemos una batalla que ganar. Tentempié nos recibió en el pasado como libertadores, hoy nos recibirán como conquistadores.

Entre la confusión del despliegue y montaje de las armas de asedio se presentó un explorador acompañado de un Servidor tembloroso. «Dice que es un mensajero».

—¿Quién eres? —Preguntó el Gran Orco—.

—Soy un emirsario del Emperador de los Servidores, tengo un mensaje urgente para el Señor de la Horda.

—Gruntz, enséñale a nuestro invitado las reglas de protocolo para presentarse ante el “GRAN Señor de la Horda”.

Gruntz agarró por un brazo al Servidor y le dió un puntapié en la rodilla, el mensajero cayó de rodillas y puso los ojos como platos. Por último le asestó un fuerte puñetazo en la nuca que lo tiró boca abajo delante del Gran Orco.

—Así estás mucho mejor Servidor, debes mostrar el debido respeto por tu superiores. No mires al Gran Orco y habla rápido, tenemos cosas más importantes que hacer que oír a un esclavo parlotear estupideces.

El Servidor permaneció tirado en el suelo sin mover un músculo —Mi Amo y Señor el Emperador del Luminoso Imperio Servidor solicita al Gran Señor de la Horda una tregua en esta guerra. También quiere una explicación de vos sobre los motivos que os han llevado a invadir el territorio Servidor—. Y alargó un pergamino sin atreverse a levantar la vista.

El mago se acercó y recogió el pergamino, lo desenrolló y comenzó a leerlo en voz alta.

—Al Gran Señor de la Horda. Después de muchas discusiones y debates quiero que llegues al compromiso de los siguientes términos: Entrega de las ciudades que has capturado, devolución del tesoro Servidor saqueado, devolución de la fortaleza usurpada por bandoleros y por tus tropas, liberación del embajador y del aprendiz que actualmente se encuentran presos por los Orcos. A cambio el Imperio se compromete al pago de quince barrillas de oro, ocho comidas, una piedra, cinco manufacturas y dos cristales mágicos, esta entrega se hará efectiva en dos pagos después de que hayas cumplido con los términos propuestos—.

Un pesado silencio cayó sobre los presentes, al poco el Gran Señor de la Horda irrumpió en una estruendosa carcajada que se vió secundada por todos sus acompañantes. Extrajo cuidadosamente su espada mágica Skali-Bug y de un certero tajo separó la cabeza del cuerpo del insolente mensajero — ¡mago escribel!: exijo la rendición absoluta e incondicional de todas las guarniciones o pasará a cuchillo a todo ser viviente que me encuentre dentro de vuestras ciudades—.

El mago escribió lo ordenado en el reverso del pergamino y se lo entregó a Tor-Wuaki quien extrajo una pequeña daga de su cinturón y clavó el pergamino en el cráneo sangrante del enviado servidor.

—Enviar mi respuesta al Emperador Servidor en Tentempie —dijo señalando a la cabeza—, el resto tirarlo a los lobos.

Epílogo

Hacía pocos minutos que un buitre mensajero había traído noticias de la ciudad de Esperanza. La ciudad había abierto sus puertas y sus habitantes habían recibido a los Orcos como libertadores gritando vivas y lanzandoles pétalos de rosas y orquídeas.

Tor-Wuaki sonrió, alzó una mano. Inmediatamente veinte lanzapiedras comenzaron a arrojar pesadas rocas sobre la ciudad de Tentempié. Al poco tiempo ya se escuchaban los gritos de pavor de la población civil y se alzó al cielo el humo de los primeros incendios. El bombardeo no duró demasiado, los lanzapiedras cesaron su descarga vengadora y sobre la ciudad reinó el silencio. En las murallas los artilleros habían abandonado sus dotaciones de balista y la puerta principal de la ciudad se abrió completamente.

El Gran Orco avanzó hacia Tentempié, cruzó el portal y se dirigió directamente al palacio del Exarca donde suponía se encontraba el corrupto emperador sin que nadie osara salirle al paso. La Horda avanzó despacio detrás de su líder y fue tomando posiciones en las murallas y en los edificios principales. La milicia se rindió y las unidades de refuerzo que habían llegado desde la Fortaleza del Sur arrojaron sus armas al suelo y se entregaron. Al poco ya se encontraban todos en el interior, los arqueros y artilleros desplegados en las murallas, la infantería ocupando los edificios y los ogros campando a sus anchas por cualquier lugar que tuviera algo que echarse a la boca. Los jinetes de lobo patrullaban la ciudad garantizando el orden.

Los eunucos huían despavoridos ante su llegada. De esta forma el Gran Orco llegó hasta el salón del trono que se encontraba con la puerta cerrada, del interior llegaba una melodía de cítaras, mandolinas y arpas, pífanos, tambores y un coro de voces angelicales. Tor-Wuaki echó la puerta abajo de una patada y penetró en el enorme salón, un extraño y pagano ritual se estaba llevando a cabo entre los miembros de la corte. Cuerpos desnudos y lascivos se retorcían entre sí al ritmo de la música, aquí y allá machos y hembras se entregaban a un frenesí sexual sin parangón. El Orco avanzó por la sala entre cuerpos desnudos, mesas atiborradas de manjares exóticos y bebidas llegadas de todos los extremos de Klaskan, y se dirigió al trono donde se encontraba un Servidor que salía de los cánones raciales de estos abyectos seres, una mole abotargada y putrefacta. Un enorme y grasiento individuo cuyos rolletes de carne flácida y trémula caían sobre su deforme barriga y se desparramaban a los lados del sillar de piedra. Su cabeza calva y su rostro pálido con ojos inyectados del estigma de la locura, unas orejas como aspas al viento y una inmensa papada que ocultaba el cuello, provocaron una oleada de

náusea a Tor-Wuaki. Reconoció en el extraño freak al Emperador Servidor por la diadema de oro y topacio que rodeaba su cráneo y por las plumas de faisán y pavo real que tenía en el culo, símbolos del Imperio. El ser observó divertido al Orco y una risilla estúpida y babeante se dibujó con sus carnosos labios pintados de rosa. Asustado ante la mirada inquisitiva del Orco se ocultó levantando su mano en un mohín afectado mientras sus ojos sin pestañas se abrían como platos y emitía un agudo gritito como el de una rata acorralada.

El Gran Orco no aguantó más y en un gesto rápido trazó un círculo con su espada mágica y abrió en canal la enorme barriga. Las tripas del asqueroso ser se esparcieron por las escaleras que subían hasta el trono de piedra, un gran río de sangre y bilis salpicó todo a su alrededor. El abyecto ser comenzó a chillar como un cerdo degollado mientras intentaba retener sus intestinos con sus torpes manitas de dedos cortos y regordetes. Poco a poco fue perdiendo fuerza, escupió sangre, sus fosas nasales excretaron mocos y flemas de color amarillo que se escurrieron sobre su boca y barbilla y goteaban sobre la papada. Tor-Wuaki en un gesto a medias entre la compasión y el asco le asestó un nuevo golpe y le hundió cincuenta centímetros de la hoja de su espada en el cuello y acabó con su agonía al instante. La masa carnosa, grasienta y sanginolenta que una vez fue el corrupto Emperador de los Servidores cayó por las escalinatas, rodando y fluyendo hasta quedar desparramado en el suelo, bocabajo, con las plumas de faisán y pavo real ondeando al aire movidas por las flatulencias post-mortem que emitía el cuerpo.

Junto al trono estaba la diadema dorada del Emperador, Tor-Wuaki avanzó sobre el escabel, la pisó con saña aplastándola y se sentó en el trono. Colocó a la ensangrentada Skali-Bur sobre sus rodillas y acomodó sus brazos sobre los pasamanos del sillón de piedra. Observó al extraño grupo de cortesanos, nobles, eunucos, esclavos, bailarines y músicos que habiendo parado su ferviente danza sexual ahora miraban aterrorizados hacia el ocupante del trono. A la puerta del salón llegó Grunt seguido de la Guardia Verde, con las armas dispuestas.

El Gran Orco hizo una señal a Gruntz inclinando la cabeza. Gruntz comprendió al instante y se apresuró en cerrar la puerta girando los pasadores desde el interior.

—Acabad con todos —ordenó Tor-Wuaki. Y la Guardia Verde con Gruntz al frente acometió a toda la caterva de repugnantes Servidores que viendo que el fin se avalanzaba sobre ellos, corriendo despavoridos intentaron llegar hasta la puerta o las enrejadas ventanas de un salón que habiendo sido el escenario de sus orgías se había convertido de repente en una trampa mortal y

la tumba para todos ellos. El Gran Señor de la Horda contempló la matanza sin moverse del trono de piedra.

Mientras algunos miembros de la Guardia Verde recorrían los cuerpos de los muertos rematando a los moribundos, Gruntz se acercó al pie del trono y levantando su ensangrentada espada gritó: “Sangre y Grog”.

“Sangre y Grog” repitió la Guardia alzando sus armas al Gran Orco.

Sangre y Grog, gritaban los Orcos por las calles de Tentempié.

Sangre y Grog, gritaban los conquistadores sobre los muros de la ciudad.

Un rumor de guerra y venganza llegó hasta los muros de la Fortaleza del Sur y en Futuro Incierto, la única ciudad superviviente del extinto Imperio, veía que su extraño nombre tomaba significado. Los Servidores que allí moraban temblaron de terror asaltados por negros presagios.
